

tractos, incluida la referencia a un posible *infinito actual* respecto a determinados conjuntos o clases. La investigación a este respecto se subdivide en cinco capítulos: *a)* Se analiza la lenta aparición de la noción de conjunto o clase en Gauss, Dirichlet y Steiner. *b)* Riemann hace una aportación decisiva con la noción de conjunto (*manifold*), como fundamento de la matemática pura; *c)* Dedekind sitúa las clases como fundamento del álgebra y de la teoría de los números, mediante una previa justificación del *ideal de prueba* matemática, ya en 1871; *d)* Weierstrass, Dedekind y Cantor proponen tres definiciones de número real, a partir de una previa noción de conjunto o clase; *e)* Riemann, Heine, Hankel, du Bois-Reymond, Smith, Dini, o el propio Cantor, formalizan las funciones discontinuas a partir de la noción de punto de clase.

Carlos Ortiz de Landázuri

Gutting, Gary: *Pragmatic Liberalism and the Critique of Modernity*, Cambridge University Press, New York, 1999, XII + 193 págs.

La Modernidad y su supuesto fin ha sido el tema de muchos libros publicados en la presente década, la mayoría de los cuales se limitan a señalar la necesidad de superar el racionalismo y el empirismo pero no llegan a mostrar el camino para acometer tal empresa. El libro de Gary Gutting (Profesor de filosofía de la Universidad de Notre Dame) tiene el mérito de ser una propuesta concreta al problema de la crisis de la razón moderna que no conlleva un rompimiento con la tradición, sino que representa un esfuerzo de síntesis de las propuestas de algunos de los mejores pensadores del último tercio de siglo. Gutting elabora su liberalismo pragmático en diálogo con las propuestas de Richard Rorty, Alasdair MacIntyre y Charles Taylor. El lector se preguntará cómo es posible traer a entendimiento a autores tan dispares. Hay que hacer notar que Gutting es crítico de los autores mencionados, y sólo toma de ellos lo que le conviene para elaborar su propuesta.

Concretamente, su propuesta consiste en salvar lo mejor de la tradición liberal y sobre ella redefinir el papel de la filosofía. Según Gutting, existen dos tipos de Ilustración: la Ilustración filosófica y la humanista. Fue la primera la que sirvió de marco para las propuestas de un Locke o de un Kant, y es ella la que está en crisis. La Ilustración humanista, en

cambio, siempre manifestó aversión al proyecto fundacionalista de los filósofos, y se contentaba con postular valores; sobre todo el de la autonomía de la razón. Para Gutting, fue esta Ilustración humanista la matriz del liberalismo político, cuyo mérito principal ha consistido en proporcionar un marco en el cual incluso quienes no están de acuerdo sobre la concepción de la naturaleza humana mantienen un diálogo provechoso. Esto es en lo que vienen insistiendo autores como Rafael Termes: que el liberalismo es neutral con respecto a la concepciones sustantivas del ser humano. En este sentido, la propuesta de Gutting es plenamente liberal: el liberalismo pragmático “está bastante convencido de que deberíamos vivir de acuerdo con el liberalismo democrático que ha construido e informado las naciones-estado del Atlántico Norte en el siglo XX, esto es, [con el que propone] llevar una vida de autocreación individual entre una atmósfera de igualdad, justicia y tolerancia” (p. 186).

Lo pragmático de la propuesta de Gutting se encuentra en su antifundacionalismo y en su visión del papel de la filosofía en los tiempos por venir. Con respecto a lo primero dice Gutting que el liberalismo pragmático “ve como equivocado cualquier intento de fundamentar esta visión ética [la del liberalismo] en verdades fundamentales acerca de la naturaleza humana y su lugar en el esquema cósmico, y rechaza cualquier sugerencia de que la carencia de tal fundamentación debilitaría o debería debilitar nuestro compromiso ético con nuestros ideales” (p. 186). En cuanto al papel de la filosofía, la visión de Gutting es muy similar a la de Wittgenstein (o al menos, a la de los intérpretes de Wittgenstein: Cavell, Putnam y James Conant), y resulta curioso que Gutting no mencione al filósofo vienes más que una vez, y por un tema que no tiene relación con éste. En todo caso, la propuesta de Gutting es original y muy atractiva. Para él, la división de la filosofía actual en analítica y continental es desorientadora. El trabajo de los filósofos debería más bien ser tomado en cuenta desde el punto de vista de la creación y análisis de nuestros conceptos fundamentales. Según esto, hay quienes se especializan en la visión, en lo que Putnam llamaría el trabajo de “ofrecer imágenes de la situación humana en el mundo discutibles, importantes y llenas de significado”. En esta línea estarían filósofos como Kierkegaard, Nietzsche, Derrida y, en parte, Hegel y Heidegger. Pero estas propuestas e imágenes morales no tardan en ser sometidas a un riguroso escrutinio. Éste ha sido el trabajo típico de los filósofos analíticos, que Gutting considera como “el esfuerzo por alcanzar la máxima claridad sobre el contenido y la base de nuestras intuiciones” (p. 184). Pero también están los que ven las cosas desde un punto de vista arqueológico reconstructivo o genealógico; tal es

el trabajo de Foucault, Rorty, MacIntyre, Taylor, Derrida y Heidegger. Visto así el panorama, “la filosofía, entonces, sí tiene una materia propia: el desarrollo y explicación de conceptos fundamentales, y un conjunto propio de técnicas: análisis conceptual, crítica histórica y redescrición creativa. Dada nuestra incapacidad para establecer una descripción como la verdad última, no existe garantía para poner a los filósofos a la cabeza de la mesa de los intelectuales. Pero nuestra metafilosofía pragmática liberal muestra que ellos sí tienen una voz distintiva y esencial en la conversación” (p. 193).

Quienes quieran formarse una idea del punto de vista pragmatista en relación con las voces más potentes del panorama filosófico actual sin duda encontrarán el libro de Gutting muy reconfortante.

Moris Polanco

Keefe, Rosanna / Smith, Peter (eds.): *Vagueness. A Reader*, MIT, Cambridge (Mass.), 1996, 352 págs.

Keefe y Smith en 1996, en *Vagueness*, han advertido la presencia de las *predicaciones vagas* e imprecisas en el *cálculo computacional*, al igual que en la ética. Al menos así también ocurrió en los llamados *argumentos de la pendiente resbaladiza* o progresiva, donde la separación entre lo correcto y lo incorrecto es gradual, dando lugar al mismo tipo de paradojas. Es más, ahora se reformula la *paradoja del sorites* ya mencionada a niveles jerárquicos muy distintos. Por ejemplo a un nivel de lenguaje objeto el cálculo por alturas, edades, o colores, permite llegar a una conclusión paradójica: paso a paso, y a medida que restamos o sumamos incrementos, los gigantes se van volviendo enanos, los ancianos niños, o los colores se hacen cada vez más grises; o a un nivel de metalenguaje, se puede hacer un uso *plurivalente* o *indeterminado* del principio de bivalencia, que acaba afectando al propio concepto semántico de *verdad*, como al menos sucedió en la *lógica fuzzy*. A partir de aquí se distinguen dos tipos de *teorías computacionales* acerca de la *vaguedad*.

1) El *supervaloracionismo* (*Supervaluationism*) considera la vaguedad como un *defecto lógico* eliminable. Con ese fin anticipa un criterio exacto de bivalencia, que a su vez se somete a un proceso de correcciones sucesivas. Sólo así es posible fijar un *operador D* que permita una demarca-